



# CÓMO NO DEBE COMBATIRSE AL COMUNISMO

*Fulton Sheen nace en 1896, se ordena de sacerdote en 1919.*

*En Lovaina consigue el primer premio «Cardenal Mercier», dado cada diez años al mejor escrito filosófico, y el grado de «Agrégé en Philosophie». Este título y otros diez más constituyen el bagaje universitario de Sheen.*

*Sin embargo sus actuaciones como profesor de filosofía estuvieron precedidas de unos años de trabajo parroquial humilde y abnegado. Después es solicitado como Profesor por las Universidades de Oxford y Columbia y ocupa la cátedra de Filosofía en la Catholic University de Washington.*

*A pesar de sus trabajos científicos como profesor, tiene Fulton Sheen una*

*actividad prodigiosa como orador sagrado y como predicador de la Televisión en su conocidísimo programa: «La vida merece vivirse». Su magnetismo personal es imponderable.*

*En 1951 es consagrado Obispo auxiliar de New York y Director Nacional de la Propagación de la Fe.*

*En sus obras escritas hay una idea que nos revela al hombre de Dios. La solución que Mons. Sheen da a la intranquilidad del mundo actual es el retorno a Dios, a la meditación y a la oración. Es muy significativa la nota que dirigió al Congreso de los Estados Unidos: «Señores: Debéis orar, ahora más que nunca... el negocio que nunca termina es nuestra oración a Dios».*

**H**ay mucha incomprensión sobre lo que deben hacer una nación y un pueblo para combatir al comunismo. Inmediatamente, a uno se le ocurren cuatro formas de cómo no hacerlo. El comunismo no debe combatirse con denuestos, epítetos insultantes y odio personal. El odio es como una semilla: crece. Odiando a los comunistas damos alas al comunismo, porque el comunismo crece con la discordia como prospera la enfermedad en la mugre. Manzoni escribió: «Pocas cosas corrompen tanto a un pueblo como el hábito del odio». (Alessandro Manzoni, «Observations on Catholic Morals», cap. 7). Sólo un falso distingo entre la moral individual y social ha hecho posible la exhortación al odio en la lucha de las nacio-

**N U E V O Y V I E J O**

nes. Pío XII, en su mensaje de Navidad de 1940, declaró que una de las primeras victorias que deben ganarse es «la victoria sobre el odio que divide hoy las naciones». El comunismo es una ideología y como tal es intrínsecamente mala, pero los comunistas son personas, hechas a la imagen y semejanza de Dios, y por lo tanto deben ser objeto de nuestra bondad y caridad, a fin de que podamos mostrarnos dignos hijos del Padre Celestial. No hay alma extraviada que no pueda alcanzar los tesoros de la Redención. El pecado es odiado precisamente por amor al pecador. «El hecho mismo de que odiamos en nuestro hermano su defecto y la ausencia del bien, se debe al amor que nos inspira.» (Santo Tomás, «Summa Theologica», 2, 2, q. 34, art. 3). Ni siquiera la violencia del comunismo hace caducar la ley cristiana, y más bien la torna más imperativa.

El comunismo no debe ser atacado por la circunstancia de oponerse al sistema capitalista monopolista, porque *desde un punto de vista económico solamente* ninguno de esos sistemas es satisfactorio. Hay afinidad entre los dos en cuanto ambos empiezan con la supremacía de lo económico: ambos hacen del hombre un animal económico; ambos presumen que no tienen más objetivo en la vida que el económico, lo que implica obtener ganancias, como hace el capitalismo monopolista, o socializar la producción, como hace el comunismo. Ambos le arrebatan la soberanía a Dios: el primero haciendo del individuo el dueño absoluto de la propiedad privada, y el segundo, haciendo de los burócratas del colectivismo los propietarios absolutos.

Tampoco debe combatirse al comunismo sobre la falsa base de que, si se mejoraran las condiciones económicas, lo eliminaríamos. El comunismo no es simplemente un sistema económico: es una filosofía de la vida. Las condiciones de vida eran muy buenas en el Jardín del Edén, pero Lucifer inició allí su rebelión. Las malas condiciones económicas sólo son una *condición*, pero nunca una *causa* del comunismo. En vano supondrá un cristiano que ha eliminado la amenaza comunista equiparando el régimen colectivo al Reino de Dios. El principio fundamental del marxismo, es que toda tentativa de conciliación del capital y el trabajo para que ambos puedan cooperar en paz y prosperidad es una traición al comunismo.

Finalmente, no debemos creer que estamos llamados a ser los instrumentos de Dios para juzgar con ánimo de venganza a los comunistas, sino a ver al mundo entero hundido en el pecado. Cuando un germen contagia un cuerpo, no se localiza generalmente en tal forma que un médico pueda extraer un litro de sangre y eliminar el mal. Los gérmenes están tan dispersos que todo el cuerpo debe ser salvado. Así, también, hay mal en todo el mundo: el comunismo es uno de sus síntomas principales. El punto de vista cristiano consiste en considerarnos parte integrante de un mundo culpable. En realidad, cuanto más inocentes somos, más debemos sentir esa culpa, porque entonces advertiremos mejor nuestra identificación con nuestros prójimos. Nuestro Señor era inocente, pero tomó sobre sí los pecados del mundo. ¿Cómo podemos cargar con las culpas ajenas, como lo dispone la Escritura, si no vemos que al tocar en cualquier punto el círculo de la humanidad tocamos la propia humanidad?

Nuestra misión no consiste exclusivamente en protestar contra los males de nuestra civilización materializada, ni simplemente en desafiar sus presunciones, ni aun en disminuir sus rigores, sino en considerarnos en cierto modo ciudadanos de un mundo culpable. La culpa es tan social como personal, porque el hombre es formado para la hermandad. No hay pensamiento más saludable, en la crisis actual, que el reconocimiento de que ésta se debe en buena parte a que no hemos cumplido con nuestros deberes cristianos. En otros tiempos, Abraham Lincoln, en el discurso inaugural de su segunda presidencia dió hermosamente y

en escala nacional esta nota de humildad frente a la maldad del mundo: «El Todopoderoso tiene Sus propios fines». ¡Ay del mundo a causa de sus culpas!... Si suponemos que la esclavitud norteamericana es una de esas culpas que, según la providencia divina, debía llegar forzosamente, pero que, habiendo continuado durante el tiempo dispuesto por Dios, El quiere ahora eliminar, y que Él les da tanto al Norte como al Sur esta terrible guerra, como el infortunio debido a aquéllos de quienes provino el agravio... ¿hemos de ver ahí alguna desviación de los atributos divinos que los creyentes en un Dios Vivo le asignan siempre? Esperemos tiernamente y oremos con fervor para que este terrible azote de la guerra pase pronto. Sí. Aunque Dios quiera que eso prosiga hasta que toda la riqueza acumulada por los dos siglos y medio de afán sin compensación del siervo se desmorone, y hasta que cada gota de sangre arrancada por el látigo se pague con otra arrancada por la espada, como se dijo hace tres mil años, también ahora debe decirse: «Los juicios del Señor son absolutamente verdaderos y justos».

(El Comunismo y la Conciencia Occidental, cap. VI)

